

SAHARA OCCIDENTAL, ESTADO DE TORTURA (I)

Viví en el Sahara Occidental desde el mes de setiembre de 1970 hasta el mes de noviembre de 1975. El último trimestre del 70 lo padecí alegremente - paradoja de la juventud- en el BIR (Batallón de Instrucción de Reclutas), ubicado en la playa de El Aaiún. Hasta septiembre del 71 completé el primer año, como soldado de oficina, en el Regimiento Mixto de Artillería nº 95, en la ciudad de El Aaiún. Desde entonces, y hasta que fui evacuado, en virtud de la operación Golondrina, consecuencia de la ferocidad criminal del reino de Marruecos, aliñada por la cobardía traidora del gobierno de España, ejercí como profesor de Secundaria en el entonces I.E.S. "General Alonso", también en El Aaiún, capital, entonces y ahora, del Sahara Occidental, hasta entonces bajo administración colonial española, desde entonces bajo la ocupación, ilegal y sangrienta, de las fuerzas militares y policiales marroquíes, sin que por ello España haya perdido su condición de potencia administradora, como así consta en el texto correspondiente del Derecho Internacional, y como así seguirá constando en tanto no se celebre el preceptivo referéndum de autodeterminación. El cumplimiento de la legalidad ya fue requerido al gobierno de España, por parte de la ONU, en 1963. Que transcurridos 46 años, la descolonización del Sahara Occidental no se haya llevado a cabo, pero que su territorio sí haya sido invadido y ocupado por la fuerza, expoliados sus recursos y destinados al sacrificio los legítimos dueños de tierra y bienes, es una prueba más de la inoperancia culpable de la ONU, así como de la complicidad exterminadora de países como EEUU, Francia, España y, en general, la llamada comunidad internacional, que se tienen a sí mismos como adalides de la legalidad, la justicia, la libertad y la defensa de los derechos humanos, si bien ya sólo consiguen engañar a unos pocos.

Después de 34 años, y reiteradas visitas a los campos de refugiados saharauis en Tinduf (Argelia), he vuelto al Sahara Occidental en compañía de una amiga, persona afecta a la justa causa del pueblo saharauí. Tantas veces como llegué a El Aaiún en los años 70 del siglo pasado, lo hice en avión desde Madrid, con escala en Sevilla o en Málaga. 34 años después hemos llegado por carreteras que, desde el interior de Marruecos nos han llevado a la costa en autobuses de diferentes compañías marroquíes de transporte de pasajeros. El último trayecto arrancó en Tiznit pasada la media noche del día 22 de julio de 2009, y El Aaiún nos recibió pasadas las nueve de la mañana del día siguiente. El autobús iba lleno. Sería erróneo decir que en él sólo viajábamos dos extranjeros, mi amiga y yo. Desde el momento en el que, a las 03:00 horas, aproximadamente, cruzamos el tramo que se conoce como Puerta del Sahara, eran extranjeros también los súbditos marroquíes que sumaban la mayoría de los pasajeros, como extranjeros eran los pasajeros saharauis en tierra marroquí antes de llegar a la Puerta que les da paso a su país. La Puerta del Sahara situaba a los marroquíes en un país que no es el suyo, como a mi amiga y a mí. En un territorio que es del pueblo saharauí, por más que ocupado.

Los controles policiales dejaban constancia de que la presencia marroquí en el Sahara Occidental lo es *contra iure* y *contra natura*, por más que sea *de facto*, si

no fueran ya prueba sobrada las persecuciones, encarcelamientos, torturas, desapariciones y muertes de los que son víctima los saharauis a manos de sanguinarios verdugos marroquíes desde hace 34 años.

Cada control policial son dos, pocos kilómetros antes de llegar a cada una de las ciudades del Sahara Occidental, que están en la ruta. Parado el autobús en el puesto de control policial, primero sube al vehículo un policía, que examina la documentación de cada uno de los viajeros: las tarjetas de saharauis y marroquíes, y los pasaportes de los viajeros no marroquíes ni saharauis. El policía se llevó los pasaportes de mi amiga y mío, tras habernos preguntado por nuestra profesión y el motivo de nuestro viaje -"profesores" y "turismo", lo obvio y obligado por prudente. Después de varios minutos, el policía vuelve a subir al autobús para devolvernos los pasaportes y continuar el viaje. Por muy poco tiempo. A escasos kilómetros, nueva parada y nuevo control. Esta vez el policía viste de paisano y lleva a cabo la misma operación: comprobación de las tarjetas de marroquíes y saharauis y retención momentánea de nuestros pasaportes, con el fin de apuntar nuestros datos en una hoja suelta de papel rayado, como pude comprobar cuando, a la llegada a El Aaiún me hicieron bajar al puesto de control detrás del policía con los pasaportes, al que eché una mano, pues le resultaba difícil leer nuestros nombres y mucho más escribirlos. El mismo procedimiento días más tarde, al pasar, también de madrugada, por Boudjour (Bojador) y al llegar a Dakhla, ya en la mañana del día 27 de julio. Aquí, el segundo policía, el de paisano, anotó nuestros datos en un redoblado papel cuadriculado de block, apoyado en lo alto del respaldo delantero. También le costó lo suyo. Todos insistían en saber nuestra profesión y en si teníamos otra, además de la que manifestábamos. De haber sido periodistas, abogados o realizadores de documentales, o espías. ¿esperarían que se lo hubiéramos "confesado"? Sólo uno de los policías, el de paisano, al paso por Bojador, inquietó por un momento a mi amiga. Es verdad que su aspecto era siniestro. Pero también es verdad que todos ellos no pasaron de suponer una incomodidad, con mucho de chapuza, para los viajeros, algo a lo que marroquíes y saharauis están acostumbrados. Para los policías tampoco debe de ser sino una rutina. Pero es probable que sus jefes les compensen de vez en cuando y les saquen de la modorra, confiándoles misiones más contundentes y atractivas para ellos en las cárceles y otros centros de tortura instalados en numerosos lugares del Sahara Occidental, y también de Marruecos.

Es la tortura en todas sus variantes, sin excluir las inimaginables, pero incluyendo las cotidianas, el único argumento que el reino de Marruecos puede esgrimir para mantener una ocupación que la legalidad y el Tribunal Internacional de Justicia le niegan. Como decimos más arriba, también son una prueba, de que el Sahara Occidental no es Marruecos, los controles policiales en aeropuertos y carreteras. Si el Sahara Occidental es la "Provincia del Sur de Marruecos", como así le gustaría a su rey, ¿por qué esos controles y esas retenciones de pasaportes? Cuando llegamos al aeropuerto de Marrakech pasamos el control policial de pasaportes, como ocurre siempre que se llega a un país extranjero. Pero no ocurrió lo mismo cuando viajamos a Esaouira, o a Agadir, o a Taroudant, o a Tiznit. Sólo a la llegada a El Aaiún, al paso por Boudjour y a la llegada a Dakhla, poblaciones del

Sahara Occidental. ¿Es imaginable que a cualquier extranjero que llega en avión a Barajas, y continúa viaje por carretera a Sevilla, Córdoba y Granada se le reclame el pasaporte al acercarse a esas ciudades? La diferencia estriba en que Andalucía sí es una Comunidad del sur de España y el Sahara Occidental no es una provincia del sur de Marruecos. Los controles policiales prueban que el gobierno Marroquí lo sabe. Como lo prueba el que las tarjetas que la policía controla no son iguales si de marroquíes o saharauis se trata. Las de estos llevan como distintivo las letras "SH". Expedidas por las autoridades ocupantes, ponen de manifiesto el reconocimiento de la no marroquinidad del pueblo saharai. "SH" es toda una señal de identidad nacional, contra la que se ensaña el ocupante. Las detenciones, los juicios sin garantías ni procesales ni jurídicas, las torturas, las desapariciones por parte de las fuerzas policiales y militares ocupantes no hacen sino ratificar con sangre dichas pruebas.

Llegamos a El Aaiún con el recuerdo por mi parte de la ciudad en la que viví durante cinco años, y en la que fui testigo de los acontecimientos, tan incomprensibles como trágicos, que a mí me devolvieron a mi ciudad y con mi familia, y a los saharauis les condenaron al éxodo, la guerra, el refugio y a vivir, familias separadas, de prestado en tierra propia, como es el caso de quienes desde hace 34 años sufren la ocupación, *manu militari*, de su propias ciudades, en las que ya han nacido y crecido dos generaciones de saharauis bajo la opresión y el terror sostenidos.

Nos hemos encontrado con dos El Aaiún: la ciudad que se construyó y se mal organizó durante el último tercio de la presencia colonial española, y El Aaiún que, desde la ocupación del territorio, ha levantado Marruecos, en la que ha abierto anchas avenidas y ha puesto lujosos hoteles, además de haber destruido el barrio de Corominas para extender una plaza en la que se erigen dos altas torres coronadas. El que vamos a llamar "El Aaiún español" está sumido en el más total de los abandonos. El Barrio Cementerio, Casas de Piedra, la arteria principal, que reunía los Casinos de Oficiales y de Suboficiales, el cine "Las dunas" y el Salón de té están llamados a ser en breve las ruinas de lo que fueron. Es en esta ciudad, abandona a su suerte -mala- en la que mayoritariamente viven los saharauis, mientras que los que fueron sus comercios están mayoritariamente en manos de súbditos marroquíes. Esta marginación forzada y continuada en el tiempo es una tortura para el espíritu de los saharauis, que perdura y se ahonda aún cuando hayan cicatrizado en la carne las heridas por palizas, se hayan cerrado las llagas por quemaduras con cigarrillos, se hayan colocado los huesos dislocados de los cuerpos colgados y golpeados, o se haya superado el asco de los sentidos sumergidos en excrementos.

Aún así, el espíritu de resistencia del pueblo saharai está a prueba de iniquidades, que para nada afectan a su condición de pueblo hospitalario y generoso. Durante nuestra estancia de cuatro días en El Aaiún nos alojamos en la casa de una familia saharai, comprada en 1973 al gobierno de España por el padre, saharai que conserva la documentación española -carné de identidad, libro de familia, contratos de trabajo, certificado de compra de la casa- en el barrio Casas de Piedra. También fuimos recibidos en las casas de activistas de Derechos Humanos,

compartiendo tiempo, conversación, comida y té. En ningún momento, mi amiga y yo sentimos que estuviéramos en Marruecos. Sencillamente, porque no estábamos en Marruecos.

Durante los cuatro días paseamos las ciudades, tanto la "española", como la "marroquí", ambas saharauis, sin comillas. No vimos ni a un solo extranjero en El Aaiún -no así en Dakhla. No es que no acuda el turismo, sino que el turismo que accede a El Aaiún lo hace desde Canarias especialmente, y es un turismo, no sólo organizado, sino controlado. A los turistas se les ofrece un programa para uno o dos días por las dunas, el oasis El Meseied, el zoco, un lugar de comida típica, y poco más. A los turistas a El Aaiún se les lleva y se les trae. Del trasiego se ocupan agencias de viajes, algunas de las cuales operan desde el mismo El Aaiún; ellos, los turistas, se dejan llevar y traer. El mismo tipo de turismo se practicaba en tiempos de la presencia colonial española, sólo que la visita, entonces, incluía, además, la mina de fosfatos de Bucráa y el campamento minero, una y otro regalados graciosamente por el gobierno de España al rey de Marruecos.

Como si no hubiera pasado nada. Como si no estuviera pasando nada.

Blanca González Santos
Fernando Llorente